

EL FASCISMO

Il Comunista, 17 de noviembre de 1921.

Durante su congreso¹, el movimiento fascista ha hecho alarde de su potente organización, haciendo un espectacular despliegue de fuerzas en la capital e intentando sentar las bases de su ideología y de su programa ante el público. Sus dirigentes pensaban que una organización tan desarrollada debía tener una doctrina y una política “nuevas”.

La derrota que ha sufrido el fascismo con la huelga romana no es nada, comparada con la pobreza de resultados del congreso en lo que respecta a sus pretensiones. Es evidente que la explicación, o si se quiere, la justificación del fascismo, no la hallaremos en su programa, que aunque supuestamente es nuevo, es una nulidad, ya lo consideremos como una obra colectiva o como el trabajo personal de un jefe que, destinado inevitablemente a la carrera “política” en el sentido más tradicional del término, nunca llegará a “maestro”. El fascismo, futurismo llevado a la política, no se eleva un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

Como se ha dicho, el Congreso se ha limitado al discurso de Mussolini. Pero este discurso es un aborto. Empieza analizando al resto de partidos, pero no llega a ninguna síntesis que podamos decir que constituye un elemento original del partido fascista y le diferencia del resto. Si bien, en cierta medida, se caracteriza por su violenta aversión al socialismo y al movimiento obrero, no se puede decir que haya mostrado cuál es la novedad que le diferencia de las ideologías de los partidos burgueses tradicionales.

La exposición de la ideología fascista, apoyándose en una crítica destructiva de los viejos esquemas y el empleo de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni son nuevas ni llegan a sintetizarse o reunirse en un nuevo esquema, lo único que hacen es recoger sin ninguna eficacia esos viejos argumentos polémicos que tanto les gusta engalanar y disfrazar a los políticos de la actual burguesía decadente, tan amante de las novedades. Tampoco nos reveló solemnemente ninguna nueva verdad (y lo que decimos sobre el discurso de Mussolini, vale también para toda la literatura fascista), sino que se pasó revista por toda la flora bacteriana que prospera bajo la cultura y la ideología burguesas en nuestra época de crisis suprema, variando ligeramente unas fórmulas que se han tomado prestadas del sindicalismo, del anarquismo y de las ruinas de una metafísica espiritualista y religiosa, en suma, de todo, menos nuestro horripilante y brutal marxismo bolchevique, afortunadamente.

¿Qué conclusión se puede sacar de esta mezcla amorfa de anticlericalismo franc-masón y religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, con la que el fascismo trata de distinguirse a la vez del programa del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene afirmar que se comparte con el comunismo la anti-democrática idea de dictadura, si no se concibe esta dictadura como lo contrario a la dictadura de la “libre” economía sobre el proletariado y se declara que esta “libre” economía es hoy más necesaria que nunca? ¿Qué sentido tiene alabar la república cuando se plantea un régimen pre-parlamentario y dictatorial y, por tanto, ultra-dinástico? ¿Qué sentido tiene, en fin, oponer la doctrina del partido liberal a la doctrina de la derecha histórica, cuando esta fue más seria e íntimamente liberal que la primera, tanto en la teoría como en la práctica? Si el orador hubiese respondido ordenada y armónicamente a todas estas cuestiones, no habría resuelto sus contradicciones, pero al menos habría dado

¹ Se trata del II Congreso Nacional de los Fasci, que se celebró en Roma del 7 al 10 de noviembre de 1921 y en el que se fundó el Partido Nacional Fascista. Treinta mil fascistas se reunieron en la capital, entregándose a sus exacciones habituales (5 muertos y 120 heridos en tres días). El 9 de noviembre asesinaron a un ferroviario; el proletariado romano respondió con una magnífica huelga general que ni las órdenes del gobierno ni el ultimátum fascista pudieron doblegar: terminó el día 14, mucho después de que acabara el Congreso. El programa del P.N.F. aprobado por el Congreso no se publicó en *Il Popolo d'Italia* hasta el 27 de diciembre.

a todo el conjunto esa típica y paradójica fuerza con la que toda nueva ideología se atavía. Pero como falta esa síntesis final, no queda sino un fárrago de viejas historias, y el balance es un fracaso.

El punto más delicado consistía en definir la posición del fascismo frente a los partidos burgueses de centro. Mal que bien, podía presentarse como adversario tanto del partido socialista como del partido popular; pero el rechazo al partido liberal y la necesidad de desembarazarse de él y, en cierto sentido, de sustituirle, no se han teorizado de manera medianamente decente ni se han traducido en un programa de partido. Hay que aclarar que no pretendemos afirmar que el fascismo no pueda ser un partido: lo será, y conjugará perfectamente su aversión extravagante hacia la monarquía, la democracia parlamentaria y... el socialismo de Estado. Sencillamente nos limitamos a constatar que el movimiento fascista dispone de una verdadera y sólida organización, que puede funcionar tanto política y electoral como militarmente, pero carece de ideología y de programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible por precisar su movimiento, demuestran que el fascismo es incapaz de definirse. Volveremos sobre este hecho en nuestro análisis crítico, que nos demuestra además la superioridad del marxismo, que sí es perfectamente capaz de definir el fascismo.

Aunque el término “ideología” tiene algo de metafísico, lo emplearemos para denominar al bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de sus objetivos, a los cuales va encaminada su acción. Esta ideología, evidentemente, implica un método de interpretación, una concepción de los acontecimientos de la vida social y de la historia. Actualmente, precisamente por ser una clase en decadencia, la ideología de la burguesía se desdobra. Los programas que lanza al exterior no se corresponden con la conciencia interior que ella tiene de sus propios intereses y de la acción que debe emprender para protegerlos. Cuando la burguesía aún era una clase revolucionaria, la ideología política y social que le era propia, el liberalismo que el fascismo pretende suplantar, estaba en todo su esplendor. La burguesía “pensaba” y “quería” lo que decía su programa liberal o democrático: su interés vital era liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen suponía para su desarrollo. Estaba convencida de que la máxima libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos coincidían, no sólo con su filosofía humanitaria universal, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

De hecho, el liberalismo burgués no sólo fue una excelente arma política a través de la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros “estamentos”, el clero y la nobleza. También fue un método nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiera cumplir su función de clase, no ya contra las fuerzas que pretendían volver al pasado, sino también contra el “cuarto estado” y los ataques del movimiento proletario. Durante la primera fase de su historia, la burguesía aún no tenía conciencia de esta segunda posible función de la democracia, que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador a medida que el enemigo principal dejaba de ser el antiguo régimen y pasaba a ser el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no era consciente de ello. No es que los ideólogos liberales se limitaran a afirmar que su método democrático para formar el aparato del Estado favorecía los intereses de todo “el pueblo” y aseguraba la igualdad de derecho de todos los miembros de la sociedad: es que “pensaban” así de verdad. Aún no comprendían que para salvar las instituciones burguesas de las que eran representantes, quizá un día fuese necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en las constituciones burguesas. Para ellos, el enemigo del Estado era el enemigo de todos, un delincuente que violaba el contrato social.

Más tarde, la burguesía se dio cuenta de que el régimen democrático también servía contra el proletariado y que era una excelente válvula de escape ante el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía magníficamente a sus intereses fue enraizando cada vez más en la conciencia de la burguesía. Desde entonces lo considera como un medio y no como un fin abstracto, y se ha dado cuenta de que el empleo de este método no es incompatible con la función integradora del Estado burgués, ni con su función represiva, también violenta, contra el movimiento proletario. Pero un

Estado liberal que para defenderse necesita abolir las garantías de libertad, demuestra históricamente que su doctrina liberal, su interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato de gobierno, es falsa. Sus verdaderos fines, en cambio, se muestran ahora claramente: defender con todos los medios los intereses del capitalismo, es decir, empleando tanto los pasatiempos políticos de la democracia como la represión armada, cuando los primeros no bastan para poner freno a los movimientos que amenazan al propio Estado.

Sin embargo, esta forma de entender la función del Estado burgués y liberal no es “revolucionaria”. Mejor dicho, lo que es revolucionario es su formulación, pues en la fase histórica actual la burguesía debe ponerla en práctica y negarla teóricamente. Para que el Estado burgués pueda cumplir con su natural función represiva, debe admitir implícitamente que las pretendidas verdades de la doctrina liberal son falsas, pero eso no significa que deba dar marcha atrás y revisar la construcción del aparato del Estado. Es decir, la burguesía no tiene por qué arrepentirse o abjurar de su liberalismo: a través de una especie de desarrollo “biológico”, su órgano de dominio se arma y se prepara para defender la causa de la “libertad” a través de las prisiones y las ametralladoras.

Mientras defienda programas y permanezca en un terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer con franqueza que, como clase dominante, necesita defenderse con todos los medios a su alcance, incluidos los que teóricamente prohíbe la Constitución. Desde el punto de vista de la conservación de la burguesía, sería un error no hacerlo. Por otro lado, es indiscutible que el noventa y nueve por ciento de la clase dominante sabe perfectamente que, desde este punto de vista, no debe repudiar las formas de la democracia parlamentaria y exigir que se modifique el aparato del Estado, ya sea en un sentido aristocrático o autocrático. Así como ningún Estado pre-napoleónico estaba tan bien organizado como los modernos Estados democráticos para los horrores de la guerra (y no sólo en lo que respecta a los medios técnicos), ninguno le llega a la suela de los zapatos en lo referente a la represión interna y la defensa de su existencia. Por tanto, es lógico que en el actual periodo de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación en la vida política de los ciudadanos que pertenecen a la clase burguesa (o a su clientela) revista aspectos nuevos. Los partidos constitucionales, organizados para obtener en las consultas electorales populares una respuesta mayoritariamente favorable al régimen capitalista, ya no bastan. Dadas las nuevas circunstancias, la clase sobre la que reposa el Estado debe ayudarles en su tarea. El movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y cumplir un papel militar en previsión de la guerra civil.

Al Estado le conviene que esta organización se forme “entre paisanos”, entre las masas de ciudadanos, pues eso permite conjugar esta función represiva con la defensa desesperada de la falsa idea de que el Estado es el padre que protege a todos los ciudadanos, todos los partidos y todas las clases. Como el método revolucionario gana terreno entre la clase obrera, preparando la lucha y el encuadramiento militar, y las masas van perdiendo la esperanza de emanciparse por las vías legales que ofrece el Estado, el partido del orden se ve obligado a organizarse y armarse para defenderse. Situándose junto al Estado, bajo su lógica protección, este partido se arma “más rápido” y “mejor” que el proletariado, y pasa a la ofensiva contra las posiciones de su enemigo, posiciones que el régimen liberal toleraba. Pero eso no quiere decir que el nuevo partido sea adversario del Estado, que pretenda apoderarse de él para pasar a formas pre-liberales.

Esa es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués, en lugar de destruirlo. Gracias a su organización, de la que se rodea la máquina oficial del Estado, se ejecuta esta doble función defensiva que necesita la burguesía.

Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tenderá a intensificar al máximo estas dos funciones defensivas, que no son incompatibles, sino paralelas. Defenderá una política democrática audaz, incluso una socialdemócrata, mientras deja que los grupos de asalto de la contrarrevolución aterricen al proletariado. Este aspecto de la cuestión demuestra que la antítesis entre

fascismo y democracia parlamentaria carece de sentido, lo que por otra parte ya se encarga de demostrar la actividad electoral del fascismo.

Convertirse en un partido electoral y parlamentario no es difícil. No hace falta resolver el problema del “nuevo” programa. El fascismo nunca llegará a formular su verdadera razón de ser en documentos programáticos, ni llegará a adquirir una conciencia exacta de su papel, pues en sí mismo es producto del desdoblamiento del programa y de la conciencia de toda una clase y, si hay que clasificarlo entre alguna de las doctrinas históricas existentes, es en la del liberalismo tradicional, que le ha encomendado la tarea de violar su doctrina “exteriormente”, mientras él continúa predicándola como en el pasado.

El fascismo no ha sabido definirse durante el Congreso de Roma y nunca podrá hacerlo (aunque no por ello renuncia a su existencia y a desempeñar su función), pues el secreto de su naturaleza reside en la fórmula: la organización lo es todo, la ideología no es nada, que es la réplica dialéctica a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, la organización no es nada.

Después de haber demostrado sumariamente que la separación entre doctrina y acción es algo típico de los partidos de una clase en decadencia, sería interesante demostrar que la síntesis entre teoría y acción es propia de los movimientos revolucionarios ascendentes, corolario que responde además a un criterio rigurosamente realista e histórico. Esto nos lleva a la esperanzadora conclusión de que, cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza mejor que él mismo y se sacan fuerzas de una clara conciencia de los objetivos, ¡la victoria contra él será definitiva!

Amadeo BORDIGA.